

931

SUPLEMENTO CULTURAL  
**el tlacuache**

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 01 de mayo, 2020



**Culto a los ancestros  
en Tlayacapan**

**Raúl Francisco González Quezada**



En esta escena se observa como dos sacerdotes prenden fuego a los restos óseos de un personaje llamado 12 Movimiento, quién al morir ya había sido previamente quemado tras ser preparado como un bulto mortuorio. (Lámina 82 del Códice Nutall).

La Zona Arqueológica El Tlatoani en Tlayacapan, es un espacio que ocupa solamente 1.4 has. en la cima de la peña del mismo nombre. Desde hace más de dos mil años el sitio fue recibiendo atención de los pobladores de los asentamientos en la región que lo relacionaron con lo sagrado en su sistema de valores y después de mil años de relación con la peña decidieron establecer un asentamiento habitacional permanente en la cima. En la sección más alta de esa elevación se realizaban constantes eventos rituales desde el período Preclásico Terminal (200 años antes de nuestra era a 200 años de nuestra era), y se han localizado de esa temporalidad múltiples signos petrograbados debajo de las construcciones presentes consistentes en representaciones zoomorfas, así como la ejecución de pequeños canales y receptáculos de agua adecuados para captar y dirigir agua de lluvia. Esta peña quizá fue elegida entre otras de la serranía, porque desde la cima el horizonte respecto al volcán Popocatepetl marca sistemáticamente un calendario

anual donde el movimiento aparente del sol lo hace emerger desde la experiencia humana, por la cima del cráter, 65 días antes del Solsticio de Verano y nuevamente, 65 días después del mismo, lo cual representa la mitad del ciclo festivo ritual de 260 días o *tonalpohualli*.

Durante el período Clásico (entre los años 200 y 600 de nuestra era) se comenzó a construir un templo en la cima, al tiempo en que en la Cuenca de México la gran ciudad de Teotihuacan desarrolló un enorme sistema sociocultural con alcances en gran parte de América Media, del cual formaba parte Tlayacapan y los valles de Morelos en general con distintos matices en cada caso, pero íntimamente relacionados.



Aspecto del área de terrazas construidas en la zona alta de la peña El Tlatoani, construidas durante el período Posclásico Temprano (900-1200 n.e.).

El templo en la cima consta de un cuarto principal con un altar al interior parcialmente esculpido directamente en la roca madre de la peña, una plataforma escalonada con presencia de alfardas y tableros con lajas, muy al estilo de la arquitectura teotihuacana, así como un patio ligeramente hundido con un acceso a un pequeño cuarto al norte. Bajo este templo al sur, se edificaron cinco cuerpos de una gran fachada sobre el plano inclinado natural que se transformó en una especie de estructura piramidal parcial.

La palabra para referirse a un pueblo en momentos previos a la invasión española era la de *altépetl*, y su traducción literal es "agua-cerro", lo cual remite sógnicamente a la idea del lugar de los mantenimientos, el sitio al que estaban indisolublemente asociados todos los pueblos indígenas de aquel momento. Se ha sugerido que las estructuras piramidales simbolizaban la presencia de los cerros colocados en las trazas urbanas altamente organizadas en torno a un paisaje densamente significado. El caso interesante de Tlayacapan es que esta estructura arquitectónica se mimetizó directamente con el *altépetl* físico y se adosó a la peña, el lugar que desde hacía siglos había sido ampliamente dotado de significados importantes sobre el calendario ritual y las fuerzas de la naturaleza para esta sociedad que ahí se asentó.



Fragmento de vasija del Dios de las Tormentas, Tláloc, localizada en el templo en la cima de la zona arqueológica El Tlatoani. (8.5 x 8 x 4.2 cm.).

Una de las deidades a las que se les rendía culto en el templo en la cima fue el Dios de las Tormentas, o Tláloc, claramente evidenciado durante los períodos Clásico y Epiclásico (entre los años 200 al 900 de nuestra era), y al excavar el basurero vinculado a ese templo logramos recuperar fragmentos de vasijas con la representación de esta deidad. El templo en la cima continuó en función aún después de la caída de Teotihuacan, y fue contemporáneo durante toda la existencia de la ciudad de Xochicalco (600-900 años de nuestra era).

El reloj solar que se cumple consistentemente cada año desde la cima de la peña ubica el Solsticio de Verano justo en el punto donde han transcurrido 65 días hacia el norte desde que el 17 de abril se verifica la primer salida del sol por lo alto del volcán Popocatepetl, y en este período coincidente con el Solsticio de Verano se realizaba durante el Posclásico Tardío en la Cuenca de México, la festividad del *etzalcualiztli*, donde sacerdotes ataviados con los elementos de Tláloc recorrían las comunidades y les era dado un alimento preparado con maíz tierno y frijoles que es lo que precisamente quiere decir *etzalcualiztli* en náhuatl.

Tras la caída de Xochicalco, la cual podría haberse dilatado hasta entrado el siglo XI, y entre el año 900 y el 1200 de nuestra era en la peña de El Tlatoani se construyeron decenas

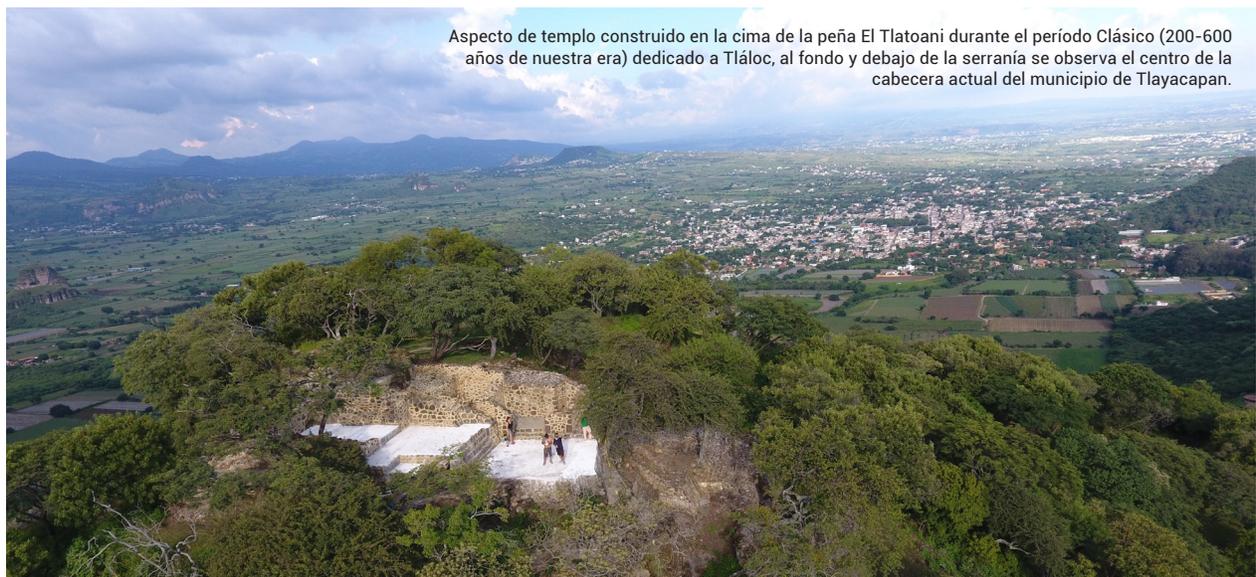


Representación de la festividad del etzalcualiztli, que se verificaba en el período donde caía el Solsticio de Verano en junio, junto a la planta de maíz que ya jilotea se puede advertir la olla llena con el alimento de maíz y frijoles preparados para la ocasión. (Tomado de Códice Magliabecchiano).

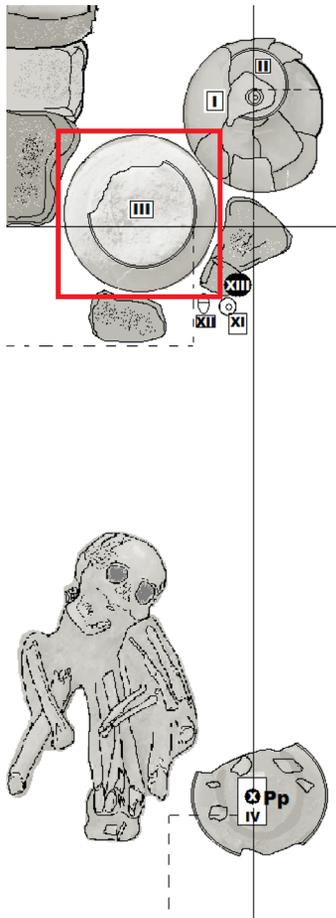
de terrazas en el resto de la zona alta. El trabajo arquitectónico requirió de gran esfuerzo y se lograron erigir múltiples corazas de piedra en seco que se ajustaron a la topografía de la peña para poder generar planos horizontales donde se localizaron pequeños altares y zonas habitacionales. Este esfuerzo de construir arriba de la peña estuvo claramente vinculado con la importancia del templo en la cima, el relevante simbolismo de la peña y el sistema ritual anual.

Sabiendo que era tradición indígena enterrar frecuentemente a sus difuntos bajo o en las inmediaciones de sus casas, y en un intento por conocer más sobre las actividades que se efectuaban en las terrazas que ahí se erigieron, hemos excavado gran cantidad de estos espacios, fundamentalmente aquellos que muestran mayor cantidad de áreas útiles para la ocupación humana permanente y la presencia de unidades habitacionales, y aunque sí se han localizado elementos que demuestran la presencia de casas, no hemos localizado muchos entierros primarios, es decir, inhumaciones de individuos que una vez enterrados nunca hubieran sido removidos posteriormente.

En el año 2014 logramos excavar de un gran espacio en la sección más baja de las terrazas de la parte alta de la peña El Tlatoani, en una amplia zona denominada Terraza 2, donde se identificaron desplantes de muros y múltiples restos de pisos de lo que fueron conjuntos habitacionales, así como cientos de fragmentos de objetos cerámicos y líticos que nos permiten saber que en ese lugar se vivía de manera sistemática. Bajo el nivel de los pisos de las casas, localizamos los restos óseos de un hombre que tenía alrededor de 21 años de edad al momento de la muerte, el cual había sido enterrado en una posición flexionada, muy seguramente dentro de un bulto mortuorio o *miccaquimilolli* con una



Aspecto de templo construido en la cima de la peña El Tlatoani durante el período Clásico (200-600 años de nuestra era) dedicado a Tláloc, al fondo y debajo de la serranía se observa el centro de la cabecera actual del municipio de Tlayacapan.



Dibujo del área excavada en la Terraza 2 visto desde arriba; abajo se advierte el entierro de un hombre de 21 años de edad al morir colocado en posición flexionada sobre su espalda efecto de haber sido envuelto en un bulto mortuorio o miccaquimilolli, y en la sección de arriba de la imagen arriba se pueden ver algunas vasijas, en el recuadro rojo está indicada la vasija marcada como Elemento III.

serie de artefactos relacionados entre los que se encontraban siete vasijas cerámicas que fueron registradas en sus contextos y trasladadas al laboratorio sin excavar su contenido.

En un espacio contiguo al del entierro del hombre de 21 años, logramos identificar un contexto funerario de hasta 17 agrupamientos de huesos largos y cráneos que correspondían a individuos sin relación anatómica, mientras que algunos parecían haber conservado parcialmente una posición original y haber sido ligeramente removidos, entre ellos otro también con posición flexionada acostado sobre su espalda, efecto de también haber sido un bulto mortuorio o *miccaquimilolli*.

La Terraza 2 fue un espacio habitacional y también funerario, que, contrastando con la cantidad inferior de individuos inhumados descubiertos en contextos excavados en las terrazas más altas, es probable que en este espacio se haya privilegiado esta actividad, no sólo la habitación constante sino también el enterramiento, donde se habrían inhumado individuos con relaciones de vecindad directa y también de parentesco.

Las vasijas recuperadas fueron excavadas con gran detalle en el laboratorio y se constató que todas ellas fueron utilizadas como urnas de material óseo humano quemado. Una de las vasijas fue una olla de aproximadamente 22 cm de diámetro con un cuello corto, a la cual le asignamos la nomenclatura Elemento III, por el orden de aparición dentro del contexto funerario, y nos servirá de ejemplo para mostrar este tratamiento mortuorio.

La excavación de la urna nos permitió identificar tres capas estratigráficas, es decir, tres momentos que se realizaron para llenarla. En la segunda de las capas se localizó una cuenta de piedra verde o *chalchihuitl* de aproximadamente 1.2 cm de diámetro, así como un fragmento de navajilla prismática de obsidiana de 2.0 cm. de largo, mientras que de manera destacada se descubrió la sección distal de un hueso radio humano con torsión por la exposición al fuego. (González y Linares 2019)

Durante el siglo XVI se llegó a registrar parte del tratamiento mortuorio de ciertos individuos, se sabe que después de amortajado el difunto, se mataba a su perro y los quemaban a ambos, así lo realizaban para los "nobles" y para la "gente baja", y "... ponían los huesos dentro de un jarro u olla con una piedra verde que se llama *chalchihuitl*, y lo enterraban en una cámara de su casa, y cada día daban y ponían ofrendas en el lugar donde estaban enterrados los huesos del difunto... Y más dicen que al tiempo que se morirían los señores y nobles les metían en la boca una piedra verde que se dice *chalchihuitl*; y en la boca de la gente baja, metían una piedra que



Olla registrada como Elemento III asociada al entierro masculino de 21 años.

no era tan preciosa, y de poco valor, que se dice texoxoctli o piedra de navaja, porque dicen que la ponían por corazón del difunto" (Sahagún 1989:T I, 221 y ss.). La presencia de la cuenta verde en la boca de los individuos enterrados es una constante en múltiples asentamientos previos a la invasión española en el centro de México.

Aunque sabemos que la cuenta y la obsidiana fueron colocadas en la olla deliberadamente en el momento intermedio de su llenado con los restos quemados, no podemos saber si la cuenta ya existía como ofrenda en alguno de los individuos que se recuperaron para exponerlos al fuego, o se consiguió y añadió a la olla al momento de la creación de la urna. Lo que es cierto, es que se cumplió con este elemento del sistema de valores de la sociedad local de integrar



Colocación de la piedra verde o *chalchihuitl* en la boca del difunto ya como bulto mortuorio representado en el Códice Florentino (Libro III, Foja 27 verso).

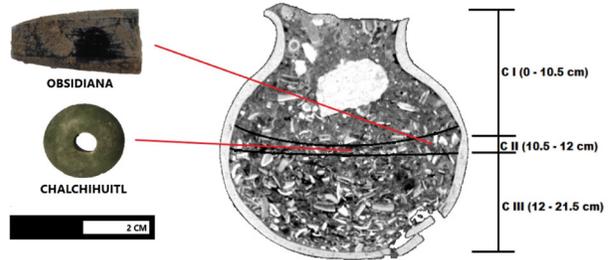


Imagen radiográfica de la olla del Elemento III donde se indican los puntos donde se localizaban la cuenta de piedra verde (*chalchihuitl*) y el fragmento de navajilla de obsidiana al interior de la misma.

este elemento de lo precioso que representaba el *chalchihuitl* y también la navajilla, de colocarle su corazón, donde residía la entidad anímica de los seres humanas llamada en náhuatl, *teyolia*.

Al interior de la urna se encontraron miles de fragmentos óseos de diferentes magnitudes de los que se recuperaron muestras por capa arqueológica identificada y se separaron por color y características que nos permitieran inferir los niveles térmicos a los que fueron expuestos y saber si pertenecían a huesos secos o con tejido blando al momento de exponerlos al fuego (cfr. Talavera *et al.* 2001 y Valenzuela *et al.* 2010), así como la eventual cantidad de individuos que fueron quemados.

La mayor parte de los fragmentos, un 84.13%, fueron incinerados a altas temperaturas, entre los 500 y los 1000°C, mientras que el 15.68% fueron expuestos a temperaturas inferiores, entre 100 y 300°C. También se localizaron restos óseos no humanos, aún sin precisar a qué animal corresponden, lo cual consiste en solamente el 0.19% y fue expuestos a temperaturas entre 300 y 500°C.

Entre las muestras se pudieron identificar restos óseos que fueron expuestos al fuego cuando ya se encontraban secos, y es altamente probablemente que hubieran sido recuperados de este mismo espacio de la Terraza 2 pertenecientes de individuos enterrados previamente.



Detalle de fragmentos óseos con agrietamientos procedentes del Elemento III.

Después de su alteración por la exposición térmica estos fragmentos de huesos mostraban agrietamientos longitudinales y huesos largos sin deformaciones o torsiones.

Entre los restos óseos también se localizó justo en la capa donde fueron identificadas la pieza de obsidiana y la piedra verde, un fragmento de la sección distal de un hueso radio que presenta notables deformaciones de la estructura compacta configuradas como pliegues longitudinales, prueba de que se trataba de un hueso que aún tenía tejido blando asociado al exponerlo al fuego.

La cantidad de individuos sometidos al fuego es de al menos dos, uno de ellos tenía aún tejido blando cuando fue añadido a la pira fúnebre. Está claro que, si son fueron dos o más individuos los colocados en la hoguera, solamente se habrían recolectaron parcialmente sus restos quemados, pues en la olla no habrían cabido completos, y en efecto, entre los fragmentos que se pudieron identificar se tienen fragmentos de



Detalle de sección distal de hueso radio con deformación por torsión.

cráneo y de fémures. Probablemente no se sometían al fuego la totalidad del cuerpo con tejido, e incluso quizá tampoco la totalidad de los huesos recuperados de entierros anteriores, era bien probable que se eligieran ciertos huesos. En la lámina 82 del código Nutall se observa la exposición al fuego de los restos ya previamente quemados del personaje llamado 12 Movimiento, y se ve claramente que incluyen fundamentalmente el cráneo y los huesos largos en un atado bien ordenado.

Tras la cuidadosa restauración que se efectuó de esta urna se logró retirar solamente la tierra que la cubría, y se unieron los fragmentos presentes, lo que nos permitió identificar que se trataba de una olla que estaría en uso para la preparación de alimentos o quizá recientemente descartada. La pieza muestra sus asas rotas y los efectos de una sistemática exposición al fuego sobre el hogar o *tlecuilli*.

El cerro El Tlatoani mantenía un lugar relevante en el sistema de valores locales desde época muy tempranas en la región, y muy probablemente por ello, durante el Posclásico Temprano se decidió construir un asentamiento permanente a un gran costo de trabajo humano en su cima, el cual quedó circunscrito lo que los planos horizontales de las terrazas permitieron. Estos habitantes de la cima de la Peña convivieron generacionalmente con la presencia del templo dedicado al Dios de las Tormentas y el lugar privilegiado de la cima que marcaba el paso de los días durante el año y ciertas festividades anuales, y mantuvo su ocupación por siglos.



Vasija Elemento III una vez restaurada, toda la tierra retirada y los fragmentos unidos

Los habitantes emplazados en las terrazas al enterrar a sus difuntos en las inmediaciones de sus casas aseguraban vínculos simbólicos con el espacio vivido en la cima y el sistema de valores respecto a la muerte y el destino de los difuntos que al ser enterrados eran literalmente tragados por deidades de la tierra en bultos mortuorios algunos de ellos y se trasladaban a específicos lugares del anecúmeno, pero siempre, ante la presencia de la habitación de sus ancestros y a la vecindad con el templo a Tláloc y la peña calendárica.

Centurias de ocupación habrían comprometido el espacio disponible para algunas zonas habitacionales emparentadas como en la Terraza 2, donde eventualmente en un momento de elevada mortandad los llevó a decidir el exhumar entierros de los ancestros, reordenarlos y a algunos de ellos, quemarlos total o parcialmente. En el caso de la urna que aquí hemos analizado, se mezclaron los restos de ancestros con los de un difunto de reciente fallecimiento en el proceso de exposición térmica, y se aseguraron de cumplir con los cánones del sistema de valores al añadir la piedra verde y la obsidiana y para la urna, además, no dudaron en echar mano de una olla en uso o recientemente descartada del área de producción de alimentos, quizá con algún valor relevante por lo mismo, nos gustaría pensar que esa

olla alguna vez contuvo etzalli y de ahí le fue entregada una porción a un sacerdote relacionado con Tláloc durante la festividad del *etzalcualiztli*.

La necesidad de lograr que los ancestros se vincularan con los nuevos difuntos fue resuelta realizando un ritual de exposición al fuego de sus restos e incluyéndolos en la urna donde se depositarían a sus descendientes en un claro culto a los ancestros.

La particularidad de este tratamiento mortuario y del culto a los ancestros evidenciado directamente en sus restos óseos y el ritual del fuego abona en el descubrimiento de la identidad de estos pueblos periféricos como Tlayacapan durante el período de centralidad tolteca del Centro de México, y permite la contrastación con las prácticas culturales mortuorias y de culto a los ancestros de los grupos hegemónicos centrales.

## Bibliografía

- González Quezada, Raúl Francisco y Jorge Alberto Linares Ramírez  
 2019 Elemento III, UE1 TB2 ENT. 1 IND. 1. En *Informe Final Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos. Octava Fase. Volumen VI. Microexcavación de urnas funerarias de la Unidad TB2*. Raúl González Quezada. Pp. 17-69. Informe en el Archivo de la Coordinación de Arqueología, Ciudad de México.
- Talavera, Jorge; Rojas, Juan Martín y Enrique García.  
 2001 *Modificaciones Culturales en los restos óseos de Cantona, Puebla: Un análisis bioarqueológico*. INAH.
- Sahagún, fray Bernardino de  
 1989 *Historia de las cosas de la Nueva España*. 2 Tomos, CONACULTA, México.
- Valenzuela Jiménez, Gerardo; Carmen María Pijoan Aguadé y Josefina Mansilla L.  
 2010 Entierros de Cuicuilco. Explicación de las alteraciones térmicas. En *Perspectiva tafonómica II: Nuevos trabajos en torno a poblaciones mexicanas desaparecidas*. Carmen María Pijoan Aguadé et al. (editores). Pp. 103-112. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

SUPLEMENTO CULTURAL  
**el tlacuache**  
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la  
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

**Erick Alvarado Tenorio**

**Giselle Canto Aguilar**

**Eduardo Corona Martínez**

**Raúl González Quezada**

**Luis Miguel Morayta Mendoza**

**Tania Alejandra Ramírez Rocha**

*El contenido es responsabilidad  
de sus autores.*

**Karina Morales Loza**

Coordinación de difusión

**Paola Ascencio Zepeda**

Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico

**Centro de Información  
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:

[difusion.mor@inah.gob.mx](mailto:difusion.mor@inah.gob.mx)

**Crédito foto portada:**

Olla registrada como Elemento III asociada al entierro masculino de 21 años.

**Centro INAH Morelos**

Matamoros 14, Acapantzingo,  
Cuernavaca, Morelos.



GOBIERNO DE  
**MÉXICO**

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

